



VALORES UNIVERSALES
DE
MARTINEZ MONTAÑES

Por JOSE HERNANDEZ DIAZ

Niño Jesús (pormenor).

EL 18 de junio de 1649 era sepultado en la iglesia sevillana de Santa María Magdalena el cadáver de Juan Martínez Montañés, víctima de la peste que asoló la ciudad, causando gran mortandad.

España, patria del insigne estatuario; la Iglesia, que recogió el tesoro de su producción, y los escultores de todo el mundo conmemoran el pre-



Cabeza de la Virgen niña, (Convento de Santa Ana, Sevilla).

sente año el tercer centenario de la muerte de tan excelso maestro, una de las figuras mejor formadas del Arte universal.

SIGNIFICACION ARTISTICA E ICONOGRAFICA

Había nacido en Alcalá la Real, provincia de Jaén, en 1568, y tras una breve estancia en Granada, donde aprendió bajo la dirección del escultor Pablo de Rojas, se estableció en Sevilla, cumplidos los tres lustros de su vida, y en ella permaneció avecindado hasta su muerte.

El período en que se desenvuelve su actividad artística es de los más interesantes de la Historia universal. Terminado el Concilio de Trento, con sus precisiones y definiciones; de-

lineado el momento filosófico y social, conocido con el nombre de Contrarreforma, pleno de ideales y purismos éticos, el arte, como plasticación de la Historia, se encauza por las rutas de un nuevo estilo que define la época y recibe el nombre de Barroco. En él, y por lo que a la escultura se refiere, los artistas se enfrentan con el natural, pretendiendo captar sus matices estéticos; mas las ideas, que constituyen la esencia de las obras, siguen valorándose adecuadamente, razón por la que nos hallamos ante una etapa de extraordinario interés artístico, digna de ser analizada.

Juan Martínez Montañés es un escultor español representativo en óptimo grado de los valores históricos y artísticos apuntados. Mas como para España dicho lapso de tiempo fué también trascendental, pues es el instante en

que cuajan aspiraciones de siglos, al lograr la unidad política peninsular, goza de un momento literario excepcional, que se manifiesta en los esplendores de la novela, con el sin par «Don Quijote de la Mancha», y con las bellezas de la poesía dramática, que en Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca ha de producir obras inmortales; la poesía mística alcanza con San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús alturas sobrenaturales, y posee una Ascética ejemplar, definida por Fray Luis de Granada, Fr. Diego de Estella, Fray Juan de los Angeles y en especial por San Pedro de Alcántara. En una palabra, España logra una serie de valores ecuménicos que hicieron posible y sirvieron de soporte al gran Imperio español.

El escultor que nos ocupa encarna asimismo el profundo contenido ideológico del concepto de la Hispanidad, nombre que abarca varios capítulos de la Historia Universal.

Por otra parte, si necesitásemos definir la personalidad del maestro, tendríamos que decir de él que fué un *escultor religioso*, pues de los centenares de obras que en su larga vida produjo, sólo tres fueron de tema profano—la cabeza de Felipe IV, que modeló para la estatua ecuestre madrileña, y las figuras orantes de D. Alonso Pérez, de Guzmán el Bueno y D.^a María Alonso Coronel—. Montañés dedicó íntegramente su enorme capacidad artística a plasmar el espíritu de la Iglesia, interpretando temas sagrados en relieves e imágenes procesionales. Pero el referido Concilio tridentino dispuso que las esculturas sacras habrían de ser dignas del fin a que se las destinaba, y por ello ordenaba ejercer sobre ellas una tutela rigurosa y evitar especialmente los desnudos, que con tanta insistencia se representaron durante la centuria renacentista. Y tan a fondo comprendió Martínez Montañés los propósitos de la Iglesia, que ahondó en la Exégesis católica, identificándose con sus principios y aspiraciones, hasta el punto de producir imágenes perfectas, dignas en lo humano del profundo simbolismo que encarnan. Es, por tanto, un imaginero religioso que la Iglesia señala como modelo.

En su enorme labor, los artistas más exigentes elogian la perfección del dibujo, las calidades justas y veracísimas del modelado, la exactitud de su talla y también su magistral policromía, obra de sus colaboradores, en especial de Francisco Pacheco, destacando toda ella por sus sobresalientes calidades. También el Arte proclama a Montañés como singular escultor.

SU PRODUCCION

Retablos.—El fué un gran retablista del período pretobarroco. El retablo es una composición arquitectónica, destinada a contener pinturas, esculturas y obras de ambas especies artísticas, representando alegorías, historias o figuras, de orden sacro, alusivas a la Divinidad, a la Virgen o a los Santos de la Iglesia Católica; y se asocian siempre a la mesa del

altar donde se celebra el sacrificio de la Misa, en el interior de un templo.

Montañés produjo retablos excepcionales, trazados por él mismo, que ocupan lugares primordiales en la antología de este género artístico. Son, entre otros, el *mayor de la parroquia del pueblo de Santiponce* (Sevilla), el de la *capilla principal del convento de Santa Clara* (Sevilla) y el del *presbiterio de la iglesia de San Miguel, en Jerez de la Frontera* (Cádiz), que constituyen una perfecta sistematización arquitectónica, sometida a la pauta de los órdenes clásicos, vistos a través de los preceptistas italianos Viñola, Palladio y Serlio; y se componen de varios cuerpos con cajas y hornacinas en la parte central y principal, donde se acomodan el Santo titular o las figuras más afectas al templo, y relieves con escenas varias—ordinariamente, de la vida de Jesús o temas señalados por la parroquia o convento que erigía el retablo—en las calles laterales, rematando siempre con el Crucificado, bien solo o componiendo con la Virgen María y San Juan Evangelista el grupo llamado Calvario, o formando parte de la Santísima Trinidad.

Los retablos dedicados a capillas o lugares secundarios dentro de las iglesias son más modestos de dimensiones, aunque no desmerecen en importancia artística. Siempre en ellos hay un cuerpo donde se halla la advocación titular y elementos laterales y remates con figuraciones varias.

En los retablos de Montañés destaca siempre la ciencia compositiva, preocupándose de la proporción, del ritmo de cada una de las partes en el todo. Sigue la pauta de los Antiguos y las interpretaciones del Romano, sin olvidar que la gracia expresiva y la belleza de las formas eran circunstancias que *a priori* debía tener en cuenta el autor del proyecto.

Imaginería.—Dos tipos de relieves y figuras realizó Montañés: los destinados a formar parte de sus retablos o imágenes de carácter procesional. Los primeros lógicamente componían con los marcos arquitectónicos en que habían de lucir y se tenían en cuenta alturas, luces y demás circunstancias de orden topográfico. Las esculturas procesionales se destinaban a la calle y se terminaban atendiendo a su fin creador. Unas y otras están ejecutadas en madera, ordinariamente de cedro, y se destinaban para ser policromadas por artistas pintores.

Los primeros años de su labor trabajó gran cantidad de imágenes para templos españoles y americanos—Perú y Chile principalmente—que no han sido identificadas todavía. Al terminar el siglo XVI exponía a la veneración de los fieles una de sus mejores esculturas: el *San Cristóbal* de la parroquia sevillana del Divino Salvador. En ella se advierte grandiosidad de concepto, perfección de anatomía y magníficas calidades de dibujo y modelado.

Los primeros quince años del siglo XVII vieron aparecer imágenes maravillosas de este escultor: el *Crucificado de la Clemencia* o de Vázquez de Leca, que se venera en la sacristía de los Cálices de la Catedral sevillana—una de las representaciones más perfectas del tema



«Batalla de los ángeles» (Parroquia de San Miguel, Jerez de la Frontera).

de Cristo en la Cruz, por aunar el cruento dramatismo de las horas del Calvario con el sentido divino de toda la obra redentora—, donde a sus magníficas calidades de dibujo, modelado y policromía une el interés iconográfico de

presentar sus pies clavados al madero en la forma en que el propio Cristo se apareció a Santa Brígida y ésta nos transmitió en sus «Revelaciones»; el *Niño Jesús* de la Sacramental sevillana del Sagrario, la más delicada

figura de esta advocación, tan perfecta y emotiva que habría de copiarse y replicarse centenares de veces para iglesias y conventos de España y de las Indias; el *Santo Domingo de Guzmán penitente*, joya del Museo hispalense, donde la madera vibra a tono con el concepto creador; las conmovedoras *cabezas de San Ignacio de Loyola* y *San Francisco Javier*, gala de la capilla de la Universidad Hispalense; los relieves de la *Natividad* y *Epifanía* y las imágenes de *San Jerónimo*, *San Juan Bautista* y *Evangelista*, del referido retablo de Santiponce, tan bien compuestas y estudiadas, que constituyen uno de los conjuntos más perfectos del acervo montañésino. Ellas solas justificarían el apelativo de «dios de la Madera», con que sus contemporáneos galardonaron a Juan Martínez Montañés; y de este período es también la casi totalidad del *retablo de San Juan Bautista*, orgullo no sólo del convento limeño de la Concepción, sino de toda Hispanoamérica.

El período de años comprendido de 1615 a 1630 es también de excepcional importancia. Entre sus numerosas obras citaremos el *Jesús de Pasión*, venerado en la nombrada parroquia del Divino Salvador, su escultura procesional más acabada y tan perfectamente terminada que una antigua tradición refiere que su propio autor la contemplaba repetidamente en su tránsito por las calles sevillanas asombrado de su obra; los relieves de los *retablos Sanjuanistas* del convento de San Leandro, con la maravillosa *cabeza degollada del Bautista*, y las historias e imágenes de los *retablos* del de Santa Clara, ambos en Sevilla, destacando en este último la magnífica figura de la *Inmaculada* y el ejemplar *San Francisco de Asís*, creación indudable de la imaginería barroca.

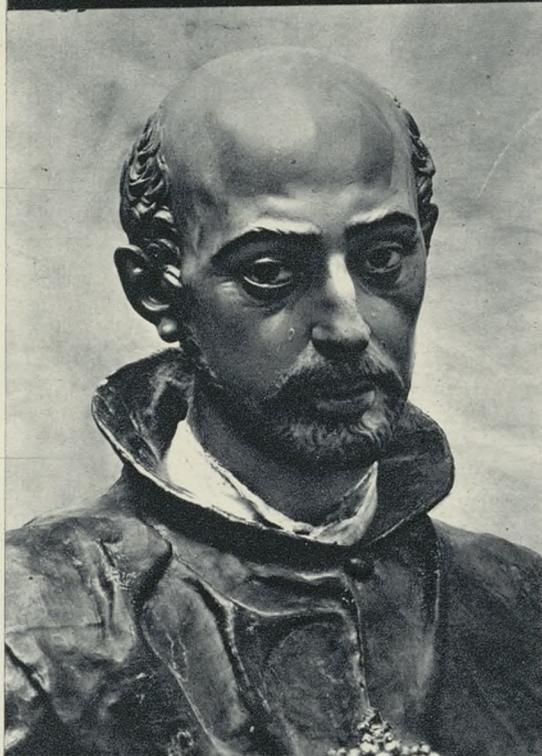
Hasta 1643 llega la producción documentada del maestro, aunque ya en los posteriores años, viejo y achacoso, se valdría de colaboradores, reservándose sólo las piezas



Nuestro Padre Jesús de la Pasión (Sevilla).



Cristo de la Clemencia (Detalle).



San Ignacio de Loyola (Sevilla).



Cabeza del Bautista (Sevilla).



San Jerónimo (Sevilla).



Santo Domingo de Guzmán.

más selectas. De su última época es la *Ciequecita* o imagen de la Inmaculada, de la Catedral sevillana, en la que plasmó de modo excepcional la Virgen apocalíptica, aunando maravillosamente el candor virginal de la Escogida del Padre con la majestuosidad de la Madre de Dios; el relieve de la *Batalla de los Angeles*, del retablo jerezano antes nombrado, donde el artista triunfa en tema tan poco atractivo, ejecutando maravillosos desnudos en las figuras demoníacas; los *Santos Juanes Bautista y Evangelista* del convento de Santa Paula, de Sevilla, muestra de los influjos naturalistas, ya de carácter barroco en la clásica producción montañésina. De este momento es también el *Cristo de la Merced*, de Lima, tan piadosamente sentido.

Tan excepcional producción tiene valor ecuménico, y por sus características singulares excede del tiempo y de la Geografía. En efecto, en cada una de las representaciones ha logrado conseguir un arquetipo, plasmando del modo más abstracto posible, dada la necesidad de expresar las ideas por medios materiales, los grandes conceptos teológicos del Catolicismo. Nadie, en el grado que él lo consiguió, pudo dar una versión plástica de la Divinidad, de las delicadezas de la Virgen María y singularmente de los Santos, pues en cada caso matizó la expresión exacta en el grado con que la Iglesia ha definido.

En fin, todas las épocas y continentes, cualquiera que sea su ideología, reconocerán en la producción de Martínez Montañés perfecciones artísticas pocas veces igualadas y una hondura espiritual que transmite al espectador.

Por último, los hombres del continente americano conocen perfectamente que desde Méjico a la Patagonia hay una serie de retablos e imágenes de los siglos XVII y XVIII, de mano indígena, que bebieron en las fuentes de las obras que el gran maestro andaluz envió a la España de ultramar y que en gran parte esperan la actuación del investigador y del crítico que las dé a conocer.